

con que Vos recibisteis las órdenes del ángel, de dejar vuestra tierra y encaminaros al Egipto, como lo hicisteis, sin decir una palabra, sin deteneros un instante, poniendo en Dios vuestra confianza, y lleno de alegría y consuelo; porque así lo disponía la voluntad del Eterno.

Sostenednos, oh Santo gloriosísimo, en todas las adversidades de la vida; animadnos con vuestro ejemplo; y no dejéis que el desaliento se apodere de nosotros, sino al contrario mantenednos siempre alegres, siempre esforzados y constantes, á fin de agradar al Señor en todas nuestras obras.



CAPÍTULO VII

El Egipto y el regreso á Nazaret.

I

No podemos dirigir á José las siguientes palabras de Jeremías: ¿Qué es lo que pretendes con caminar hacia el Egipto, y con ir á beber el agua turbia del Nilo? (1). Dios le ha llevado al Egipto; y antes que bebiera las aguas del Nilo, había bebido las muy amargas de la tribulación y de la angustia que Dios le había mandado, porque no era insensible á los trabajos de Jesús y de María, ni á los grandes peligros del penoso y dilatado viaje que había emprendido por orden del Señor.

¿Qué pretendes con caminar hacia el Egipto? José no desea ni anhela otra cosa que agradar á Dios en todas sus obras; y Dios le ha mandado que pase al Egipto. Puede, por tanto, decir el castísimo Patriarca: Este es mi descanso, mientras Dios no disponga otra cosa.

(1) II, 18.

Sublime y hermosísima se nos presenta la conducta del santo Patriarca durante su destierro en el Egipto. José, lleno de apacibilidad y mansedumbre, recibe de manos de Dios nuestro Señor, todo lo que su Majestad se digna darle, trabajos, pobreza, amarguras, ó bien consuelos y alegrías; porque en todo esto considera las disposiciones de la Divina Providencia, siempre llena de sabiduría, de amor y de misericordia; porque ama á su Dios y no vive para sí mismo, sino para obedecer y servir á Aquel á quien tiene consagrada su existencia. Pero oigamos lo que nos dice san Buena-ventura sobre la vida de la Santa Familia, mientras permaneció desterrada en el Egipto.

Tomaron José y María una pequeña casa en una aldea junto á Heliópolis; no tenían muebles preciosos, sino solamente los indispensables, y éstos muy pobres. Sus vestidos eran también los más pobres y viles del país. La Virgen Santísima, á fin de tener trabajo para ganar la subsistencia, recorría varias casas pidiendo costuras: hilaba, cosía, y tejía, siendo fidelísima en cumplir con las leyes de la justicia y de la equidad, y teniendo siempre consigo á su divino Hijo. Cuando este Niño tenía ya cinco años, llevaba á las casas las costuras de su santa Madre y pedía otras, sin avergonzarse por estas ocupaciones tan humildes: su Madre santísima lo enviaba y El tenía que obedecerla. Sucedió tal vez que el Niño fuera á entregar las costuras de María á alguna vecina soberbia, discutidora, pendenciera y locuaz que tomase la ropa y despidiese al Niño sin el precio convenido y colmándole de injurias.

Volvió el Niño á su Madre, y si tenía hambre le pedía pan; mas la Madre algunas veces no tenía qué darle; y otras se privaba á sí misma del alimento necesario para darlo á Jesús (1).

¿Qué haría la Madre en semejantes circunstancias sino llorar amargamente? ¿con qué palabras podría contestar á su amadísimo Niño que le pedía un pedazo de pan? Jesús era el pan que había descendido del cielo para dar á los hombres el alimento de la vida eterna, y El no tenía con qué alimentarse.

Nada de esto se ocultaba al santísimo Patriarca, quien sin embargo de su aplicación al trabajo, tenía que vivir con la Santa Familia en suma pobreza. Veía al Niño, veía á la Madre; rodaba de sus ojos una lágrima y de sus labios no salía sino esta palabra: *Fiat*. Esta es la voluntad de Dios, y admiraba más y más el amor infinito del Eterno á los hombres.

El Hijo de Dios sujeto á semejantes humillaciones; su Madre santísima, la Señora del mundo, la Reina del cielo y de la tierra, reducida á vivir en la más humilde condición, y ocupada también en los más humildes servicios; ¿no llenaría todo esto el alma de José de un asombro profundísimo? En medio de su asombro conocía cuánto amaba Dios nuestro Señor la humildad y la pobreza, y José pobre y humilde bendecía al Señor, que le había colocado en esas circunstancias. Sin embargo, era el jefe de la Santa Familia, y tenía que proveer á

(1) Medit., cap. 12-15.

todas sus necesidades; mas se hallaba en extranjera tierra, donde no era conocido, donde nadie tenía que se interesase por su suerte; y de aquí la falta del trabajo, ó el que éste no le produjese los recursos necesarios para subsistir. ¡Cuántos desconsuelos y amarguras para el corazón de nuestro Santo! su obligación por una parte, y por otra el amor que profesaba á Jesús y á María, le afligían sobremanera. ¡Qué no hubiese querido el gran Patriarca, para esos seres que amaba más que á su vida! Y tenía que disimular sus grandes penas á fin de no aumentar las aflicciones de Jesús y de su santa Madre.

¡Admirable fortaleza la de José! pasa largos años en el Egipto, nuestro Santo es siempre el mismo: no dice una palabra; no le agobia el trabajo; y siempre resignado, bendice á la Divina Providencia que se digna probarlo como el oro en crisol. Siempre benigno y lleno de dulzura para con María y Jesús; siempre lleno de veneración para con la Madre y el Hijo, cuyas necesidades procura remediar y prevenir en cuanto está de su parte.

¡Cuántas veces serviría de consuelo y de alivio á la Madre y al Hijo! Velando siempre por ellos conocería sin duda sus amargas penas; y entonces sus miradas tomarían una expresión de singular y suavísima dulzura; y sus palabras, más dulces que la miel, llenarían de gozo al Niño y á la Madre. El Niño podría decir: Mi Padre celestial, de quien todo lo he recibido, me ama con un amor infinito y eterno; y me ha dado aquí en la tierra

un padre putativo que lo represente; y este padre me ama, trabaja por mí, me sustenta, cuida de mí, atiende á todas las necesidades de mi vida; y siempre vigilante y lleno de solicitud, me tiene consagrada toda su existencia. Y el Niño ponía sus ojos bellísimos, una y otra vez, en el santo Patriarca.

María, por su parte, al pensar en el amor y en los desvelos de José por la Santa Familia, daría gracias al Señor por haberle dado un esposo tan digno, y de quien había recibido tantos cuidados y atenciones.

José vivía para Jesús y no para sí mismo, y vivía también para su santa esposa. Esa vida estaba llena de encantos y delicias verdaderamente celestiales.

El Niño, dice el Evangelio, crecía y se fortalecía lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba en El. La sabiduría y la gracia del Hijo de Dios, brillaban á los ojos de José con una claridad, cada día más hermosa y apacible. La sabiduría le mostraba misterios de una profundidad incalculable; y José, como llevado del espíritu de Dios, adelantaba diariamente, de claridad en claridad.

La gracia salía del corazón del Niño como un río de cristalinas aguas, en las cuales el santo Patriarca apagaba su sed de amor divino; aguas que refrescaban su espíritu y le conferían aliento y vigor para sobrellevar todas las adversidades de la vida, y conservarlo en la más dulce alegría y en la paz que trae consigo una virtud perfecta.

Hasta aquí la vida del glorioso Santo se desli-

zaba con una variedad misteriosa y que le prestaba singular belleza: amarguras y consuelos; temores ó bien seguridades; grandes padecimientos y alegrías más grandes todavía. Así acostumbra Dios embellecer la corona de sus escogidos. No los deja un solo instante, para que ellos ni un momento le lleguen á olvidar; y respecto del castísimo Patriarca, Dios consiguió lo que quería: ni la tibieza, ni la indiferencia, ni el olvido mancharon el alma de José, ni amortiguaron el brillo purísimo de sus virtudes. No hay nube alguna que oscurezca la viva claridad del sol de gloria que José contempla sin interrupción: ese sol es su Hijo putativo, la Sabiduría del Padre celestial. José vive en compañía de Jesús: con El conversa, y cuantas palabras salen de los labios del Hijo de Dios, quedan profundamente grabadas en el corazón de José.

El sol que le ilumina, le abrasa también en las ardentísimas llamas de su amor; y unido á Dios y como transformado en El, la gracia, cual savia de vida, le comunica un esfuerzo sagrado, un vigor celestial que le eleva y perfecciona en el ejercicio de las más sublimes virtudes.

Así pasaban los meses y los años para la Santa Familia en el Egipto, cuando un ángel del Señor otra vez se apareció á José en sueños, y le dijo: Levántate y toma al Niño y á su Madre, y vuelve á la tierra de Israel; porque ya han muerto los que atentaban contra la vida del Niño. José levantándose tomó al Niño y á su Madre, y vino á la tierra de Israel; mas oyendo que Arquelao reinaba

en la Judea en lugar de Herodes su padre, temió ir allá; y avisado en sueños se retiró á la Galilea, y moró en una ciudad llamada Nazaret; cumpliéndose de este modo lo que habían dicho los profetas: Será llamado Nazareno (1).

El Evangelio no dice que la vuelta de la Santa Familia á su patria se hubiese emprendido de noche. Cuando esa Familia salía desterrada, dejaba á los judíos envueltos en las tinieblas: ausentábase de entre ellos el sol de la verdad, el Hijo de Dios hecho hombre; á su vuelta se disipan las tinieblas; y después de algunos años, ese Hijo divino tendrá que decir á los mismos judíos: Yo soy la luz del mundo.

Con Jesús volvían á Nazaret, María y José: la que tendría que ser Madre de misericordia y de todo consuelo, y el castísimo Patriarca que extendería su manto sobre todos los cristianos para cubrirlos con la sombra de su santo patrocinio.

¿Por qué la voz del Profeta no se oye en Jerusalén para decirle: Oh Jerusalén, deja el vestido de luto, y vístete del esplendor y de la magnificencia de aquella gloria perdurable que te viene de Dios? (2). No se oye la voz de Isaías que, dirigiéndose á la casa de Sión, le diga estas palabras: Salta de gozo y entona himnos de alabanza; porque está en medio de ti el Grande, el Santo de Israel (3). La Santa Familia regresa sin que nadie lo

(1) Matth., II, 19-23.

(2) Baruch., V, 1.

(3) XII, 6.

note; porque Jesús no vino al mundo á buscar alabanzas, sino á cumplir la voluntad de su Padre. Enseñanza sublime que tal vez no hemos practicado. En lugar de la voluntad de Dios, no hemos buscado sino nuestra propia gloria; y ¿qué es esta gloria sino miseria y nada, una sombra que se desvanece y que huye siempre de nosotros; ó nube ligera que arrebatan los vientos; ó, en fin, humo que se deshace y que para nada nos es de provecho? Y esa sombra, esa nube, ese humo, manchan mil veces, por desgracia, las obras más santas y destruyen la rectitud de nuestras intenciones. No á nosotros sino á Dios corresponde la gloria. Es, por lo mismo, para ser llorada esa funesta ceguedad; y no hay otro remedio que pedir á Dios nuestro Señor la luz del perfecto desengaño que nos descubra cuán vanos son los hombres que no tienen la ciencia de Dios; y que el trabajar por el mundo, por nosotros mismos y no por Dios, es perderlo todo.

II

Oyendo José que Arquelao reinaba en Judea en lugar de Herodes su padre, temió ir allá. Un ángel había intimado al gran Patriarca que huyera de la Judea para evitar la muerte del Niño; después de algunos años también un ángel le dispone que vuelva á la tierra de que se había separado; porque ya habían muerto los perseguidores de Jesús. Sin embargo de esto, el temor se apodera

de nuestro Santo: ¿qué nos indica ese temor? El tierno y delicado afecto de José para con el Niño. Cuando amamos con todo el corazón, no hay riesgo, ni aun sombra de peligro, que no tratemos de alejar con todo empeño, del ser á quien tenemos consagrada toda nuestra vida. ¿No hemos visto mil veces, lo que hace la gallina cuando se hallan en peligro sus polluelos, cuando amenazador se cierne sobre ellos el halcón?

Teme pues José, porque es su corazón, después del de María, el más delicado, el más tierno y sensible de todos los corazones que han salido de las manos del Señor. Es Jesús el riquísimo tesoro que le ha confiado el Padre celestial: ¿no le cuidará más aún que las pupilas de sus ojos? Es su delicia y encanto, es todo su amor: ¿adónde iría José si llegase á perderle?—Debe tanto á ese Niño precioso, amable, divino: ¿pagaría sus favores con descuido, y el amor que el Niño le ha tenido, con triste indiferencia? Nada de esto tiene lugar en el corazón del santísimo Patriarca; así lo prueban las palabras del Evangelio: Temió volver á la tierra de Israel.

Si pudiera decirse, diríamos que el amor que tiene á Jesús, le hace olvidar aun las palabras del ángel; y diríamos también que José, como perdido en el amor de Jesucristo y transformado en El, lleva como una vida pasiva cuyo aliento sagrado es Jesús, que ilumina, que mueve y dirige la inteligencia y el corazón de su Padre putativo; y que fuera de Jesús nada entiende José ni ama cosa alguna que no sea el mismo Jesús. Mas no, que esa vida

es activa y no deja de correr hacia Jesús derramando á sus pies todas sus ternuras, sin descansar un solo instante, porque el descanso del amor no es la inacción, sino los afectos que produce con una fecundidad no interrumpida.

El amor de José á Jesucristo nuestro Señor, se nos presenta á veces como un torrente cuyas aguas se precipitan en las profundidades insondables del misterio de la Encarnación; ó bien esas aguas forman un inmenso lago, sereno y hermosísimo, donde se retratan los astros del cielo, y donde el Hijo de Dios contempla con agrado las purísimas virtudes de José.

Finalmente, el amor de que hablamos, cual ardiente y sacrosanta llama, se eleva del seno de José hasta el corazón de Jesucristo, para abrasarlo, si pudiéramos decirlo, en sus incendios; mas sucede lo contrario. José le dice: Yo te amo, y ese amor, tan puro y ardiente, es un tesoro de riquísima valía; y el oro y la plata, comparados con él, no son sino menuda arena.

El fuego se conserva y aumenta con el combustible; y el amor con la presencia y el trato del ser que amamos. Según esto: ¿podremos comprender la grandeza del amor de José para con el Hijo de Dios, su actividad inextinguible, y la fuerza siempre en aumento de su ardentísima llama? Digamos, pues, que el amor es la vida de José.

Preguntemos ahora: ¿qué vienen á ser en esa vida tan llena de delicias, vida santísima y perfecta, los trabajos, los padecimientos y las más pesadas cruces que mandó el Señor sobre José? Peque-

ñísima gota de ajeno que cae en un océano de dulzura. Buscadla, y no la encontraréis, y la dulzura del océano no ha disminuido. Y no es que los Santos no sientan el peso del dolor, ni la opresión que los hace gemir cuando Dios los aflige; es que el amor embalsama y penetra cuanto toca, y lo unge con una suavidad verdaderamente celestial. No quitemos á los Santos sus cruces, porque en ellas encuentran su gloria; ni los arranquemos al amargo padecer, que, llenos de tristeza, por él suspirarían. Para ellos lo más amargo se llena de dulzura por el amor de Jesucristo; y las más pesadas cruces que el Señor les manda, no son sino preciosas y ligeras alas que hasta Dios los elevan. ¡Oh, si así lo comprendiésemos, nuestra conducta sería muy diferente! En los padecimientos viviríamos resignados, y nuestra voluntad se conformaría con la de Dios; y adelantando en la virtud, la resignación y la conformidad se convertirían en ricos manantiales de inefable dicha, de perenne y sacrosanto gozo en el Espíritu de Dios.

Tal se nos presenta el gran José, nuestro amadísimo Santo, amando á su divino Jesús con una caridad sagrada y ardentísima; y que en vez de disminuir iba siempre en aumento.

¿Por qué no seguirle en las gloriosas sendas que recorrió durante su preciosa vida? seríamos mil veces dichosos, y sabríamos por propia experiencia que no hay felicidad que pueda compararse con aquella que gozamos en el amor de Dios. Ante esa dicha siempre nueva y verdadera, la del mundo es una miseria llena de ignominia, es

carga de un peso abrumador; y al pensar en ella el alma se llena de tristeza, el desaliento se apodera de nosotros, y siéntese oprimido el corazón y lleno de una pena inexplicable. Preciso es entonces volvernó al Señor y pedirle que no nos deje separar de su amor divino, única dicha que anhelamos en la vida.

José volvió á Nazaret trayendo consigo á la Santa Familia. Nuevos sufrimientos y trabajos, y aún mayores que los del viaje anterior; porque entonces el Niño era muy pequeño; mientras que al volver era ya, según algunos quieren, de siete años; y emprendieron el camino á pie, dice san Buenaventura (1). ¡Cuántas veces el precioso y delicado Niño, lleno de fatiga, descansaría sobre las arenas del desierto! Y el sol quemaría con sus ardientes rayos su frente divina. Así quiso mostrarnos el Hijo de Dios su ardiente caridad; porque todos sus padecimientos los ofrecía á su Padre por nuestra salud.

Mucho hemos costado al Hijo de Dios. Veámosle atravesando el desierto con grandes trabajos y fatigas; y recordemos que pensaba siempre en nosotros, y aceptaba con indecible gozo todos sus padecimientos, porque su amor se lo pedía, porque eran inmensas nuestras miserias y desgracias, y El había descendido de los cielos para remediarlas.

Volviendo los ojos á nuestro corazón, nos preguntamos: ¿dejaremos de amar al que tanto nos

(1) Medit., cap. 15.

ha amado? ¿quién ha hecho lo que El para nosotros? le vemos volver á su patria para llevar en ella una vida obscura, y continuar y coronar después con su muerte santísima nuestra redención.

Si le hubiésemos acompañado al volver á su patria, ¿cuáles hubieran sido nuestros sentimientos para con El? llenos de compasión y de ternura, le habríamos tomado sobre los hombros, y aún más que esto, hubiéramos deseado introducirle en nuestro corazón, sin pensar en otra cosa que en cuidarle, servirle y complacerle en todo. Entonces nada pudimos hacer; ni acompañamos á Jesús por el desierto, ni le procuramos algún alivio en su camino; mas ahora el recuerdo de su penosísimo viaje, recuerdo de amor y de ternura, y los afectos de santa caridad para con El, suplirán lo que entonces no pudimos hacer.

También nosotros caminamos por el desierto de la vida hacia nuestra verdadera patria: que la Santa Familia al volver á la tierra de Israel sea nuestro modelo. María y José caminaban siempre con Jesús; pensaban siempre en El y no se ocupaban sino en servirle y amarle. El verdadero cristiano debe hacer lo mismo. ¡Ay de nosotros si nos separamos de Jesús, si no pensamos en El, si no trabajamos por su gloria!

Preciso es quedar enteramente convencidos de la verdad de cuanto acabamos de decir; y para esto reflexionemos lo siguiente.

El caminar sin la compañía del buen Jesús es una inmensa desgracia; porque El y no otro es el camino de la vida. Nadie llega al Padre sino por

Jesús, que nos le da á conocer y nos sostiene con los auxilios de su gracia. Por Jesús hemos recibido la reconciliación y la vida. Si de El nos separamos, ¿quién podrá reconciliarnos con el Padre; y dónde hallaremos la vida que se nos da por los méritos del Hijo de Dios?

Si en Jesús no pensamos, nuestros pensamientos no podrán elevarnos al cielo; serán sobre los negocios de la tierra, sobre los bienes temporales, y sobre otras muchas cosas que no pueden relacionarse con los bienes eternos, si no pensamos en Jesús que nos descubra la necesidad que tenemos de su gracia, que nos haga implorarla con humildad y confianza.

Vivimos en una atmósfera malsana y pesada, y se oprime de tristeza el corazón si pasamos la existencia sin pensar en Jesús; porque sólo de El nos viene la verdad que ilumina nuestra inteligencia, y el gozo que alegra nuestro espíritu.

Cuando pensamos en el buen Jesús, desciende de los cielos el rocío de los divinos consuelos que fecundiza nuestras almas, las cuales producen óptimos frutos de virtud y gracia. La hermosura de Jesús, su bondad, sus ejemplos, nos enardecen y avivan más y más las llamas del amor que le tenemos, y llenos de entusiasmo exclamamos: Llévanos en pos de ti, oh amadísimo de nuestras almas, y correremos al olor de tus perfumes. Es tu nombre un bálsamo precioso que nos llena de santa alegría.

Al pensar en nuestro buen Jesús, la esperanza nos llena de vigor, y la paz de Dios nos inunda

en celestial delicia; porque El es bondad infinita; porque es fiel en todas sus promesas, porque El es amabilísimo y fuente inagotable de piedad y gracia.

Si no trabajamos para la gloria de Dios nuestro amado Señor, nuestros trabajos no serán de provecho para alcanzar la vida eterna.

Si trabajamos para el mundo, no será Dios, sino el mundo, quien tenga que pagarnos. Si trabajamos para nosotros mismos, nuestra personal satisfacción será la única paga que debemos esperar.

José y María caminaban por el desierto llevando consigo á Jesús, pensaban en El continuamente, y no se ocupaban sino en servirle; por esto eran dichosísimos aun en sus trabajos y fatigas; imitemos sus ejemplos, y seremos también muy felices, y nadie podrá arrebatarnos la paz del corazón y la gracia que consigo trae caminar con Jesús, pensar en El, y ocuparnos sin descanso en su divino servicio.

¡Oh María, oh José! rogad por nosotros á Jesús, y no permitáis que el pecado nos separe de su Majestad; no dejéis que le olvidemos, y haced que siempre vivamos ocupados en servirle y amarle.

